

LA CIUDAD DE LOS CUENTOS

Leandro Oscar Ezequiel Díaz

Avenida Nocturna

Una sombra va caminando lenta y pausadamente por una de las veredas de la avenida, son las cuatro de la mañana y no se ve nadie más en los alrededores. Las persianas de los locales de venta están bajas y apenas se ve una luz parpadeante en medio de la calle. El pasto, donde lo hay, está cubierto de escarcha y la densa niebla cubre el lugar. Se oyen unos pasos: pisadas de un zapato muy grueso y pesado sobre el asfalto, está cruzando la avenida, son pasos firmes que se apresuran un poco, de repente el sonido se desvanece. El silencio vuelve a cubrir por completo el ambiente.

Son las cuatro y un minuto. La sombra no se ha vuelto a ver. Las cámaras de vigilancia están empapadas por la humedad y sólo hay dos que tienen algo de visibilidad del total de las cuatro cámaras. Sólo una de ellas apunta hacia la avenida y está empapada. Tengo que salir a limpiarla. Tomo el paño que hay sobre la mesa y me dirijo hacia afuera. El sonido de mis zapatos sobre el piso hace eco con las paredes. Saco las llaves de mi bolsillo que causan un estruendo en el lugar. Abro la puerta que con sus bisagras oxidadas aumentan el ruido en el ambiente. De nuevo al silencio. Desde afuera veo la cámara que está en el poste. Subo por las débiles escaleras hasta que alcanzo la cámara, saco el paño del bolsillo de mi campera para limpiar y se me cae al suelo. Veo una sombra, miro alrededor, una mano, mejor dicho, un brazo, quizás cubierto por una campera negra, me alcanza el paño y lo deja sobre uno de los escalones. Cuando me acerco a agarrar el paño y darle las gracias, la puerta, que olvidé cerrar, se abre y luego se cierra de un golpe. Por poco caigo de las escaleras, suelto el paño y bajo rápidamente. Doy un salto hacia el suelo y comienzo a correr hacia la puerta. Está cerrada por dentro, busco en mis bolsillos y no encuentro las llaves, habían quedado adentro.

Miro a ver si estaba aquella persona que me había alcanzado el paño, pero no había nadie. El paño mojado sobre un charco de agua en la calle, inutilizado para su propósito. En ese preciso instante la cámara hace un pequeño chirrido y se mueve, apuntando hacia donde yo estaba y ahí se queda quieta. No había nadie más que yo en el lugar, dentro del edificio, antes que saliera.

Miro mi reloj, son las cuatro y cinco minutos y el segundero avanza a una velocidad ínfima, comparada con los latidos de mi corazón. Faltan diez minutos hasta que pase el primer colectivo por la avenida, hay alguien dentro del edificio y no soy yo como debiera ser. Espero, que mas puedo hacer, la puerta si bien está oxidada tiene una estructura y fortaleza que nadie podría forzar. Pasa un minuto más y en un momento comienza a sonar una chicharra, no la del edificio, tampoco la de un auto, sino mi celular, que rompe el silencio del lugar. Lo saco para ver qué ocurre y es una de las alarmas que suena exactamente a las cuatro y siete. El tiempo está pasando muy rápido o soy yo que en este estado, alterado, no concibo como siempre el pasar de los segundos.

Suena otra chicharra, han pasado, creo, que tres minutos desde la última chicharra. En efecto, son las cuatro y diez. La tensión en el ambiente es tal que siento el sonido al caer las gotas de sudor que van desde mi frente hasta que se derrumban en el frío suelo de la entrada del edificio. Sigue sin verse nadie en la cercanía del lugar.

Suena una tercera chicharra, esta vez no es mi teléfono, es la alarma del edificio, lo único que me queda por hacer es comenzar a correr. Me voy corriendo con trotes desprolijos y tambaleantes por la avenida ¿A dónde puedo ir a estas horas? El miedo se apoderó de mí. Sigo corriendo, de tanto correr mis

pies están cansados. Apenas puedo ver el edificio desde aquí. Es un buen lugar para detenerse y caminar lento. Si alguien sale o algo ocurre en el edificio estoy lo suficientemente lejos como para que no me ocurra nada. Ya está por pasar el colectivo. Se oye un ruido tremendo, es la puerta del edificio, la están tirando abajo, esos maleantes... Tengo que ocultarme hasta que se vayan. ¿Qué más puedo hacer, enfrentarlos? ¡Cierto! Tengo mi teléfono celular, por poco lo olvido, puedo llamar a...

Juez: – “¿Y entonces, fue allí cuando...?”

Acusado: – “Sí, fue allí cuando me detuvieron.”

Juez: – “Yo no estuve en el lugar de los hechos, cuénteme como fue.”

Oficial: – “Creo que yo podría contarle mejor ¿No le parece?”

Juez: – “¡Sí oficial, por supuesto!”

Oficial: – “Déjeme contar la versión oficial, sin tantas vueltas ni detalles en vano.”

Cerca de las cuatro de la mañana ando recorriendo la avenida, con la única finalidad de terminar de una vez por todas con este juego. Cruzó la avenida y sé que me están vigilando como hacen de costumbre, pero en realidad no me importa, va a ser la última vez. Hay un punto ciego para sus cuatro cámaras, una calle a la que sus “avanzadas” cámaras no llegan y lo digo con este tono ya que me causó gracia que algunas de estas se empaparan con la niebla. Camino por la cuadra que no pueden ver y llego al edificio, allí como si me estuvieran esperando con los brazos abiertos, estaba la puerta abierta solo para mí. Veo que se le cae una especie de paño y como buen oficial de policía me dispuse a alcanzárselo, luego, caminando sin hacer ruido entré al edificio, pero esa puerta hace más ruido que un tren al pasar así que rápidamente la cerré con fuerza y para grata sorpresa, la llave estaba dentro. ¿Qué más? Lo había logrado. Entré a la habitación donde estaban las máquinas con las que “vigilan” la avenida y me puse a jugar con una de ellas. Pero lo más importante y cómico fue ver al ahora detenido esperando en la puerta, como si yo hubiera sido alguno de sus amigos que le jugaban una broma. Hice una llamada para que vengan a ayudarme con el operativo y de hecho no tardaron mucho en llegar. Obviamente con la otra cámara que había disponible, que no estaba empañada, seguí de cerca los movimientos de este sujeto, como trotaba por las calles pensando que podía escapar. ¿Necesita que le cuente algo más?

Juez: – “Sí, ¿Qué es exactamente lo que buscaban?”

Acusado: – “Nada, ¿Qué íbamos a buscar? Simplemente prestábamos un servicio de vigilancia a las personas y locales de la avenida.”

Oficial: – “Eso también diría yo... pero... ¿A cambio de sobornos? Y hablando a la vez con cada maleante de esta ciudad, controlaban día y noche los movimientos de la avenida para su propio beneficio, eso más que un servicio es un vicio, un delito. ¿Alguna otra cosa?”

Juez: – “Nada oficial.”

En el camino empedrado encontré una moneda

Ya pasaron diez años de aquel misterioso día y lo recuerdo como si fuera hoy. Por el suelo iba rodando una moneda, golpeó mi zapato izquierdo y se detuvo justo en frente de mí. Su metálico sonido al golpear el suelo hizo que un pajarito levantara vuelo. Miré hacia abajo, me agaché para agarrarla y al tocarla se deshizo como un montón de tierra. Seguí caminando por el empedrado, aunque no recuerdo a dónde iba. A medida que avanzaba fui notando las pequeñas flores que se desprendían entre las hendiduras de las piedras, junto con los charcos que me reflejaban y el pasto diminuto que crecía con la humedad. La calle de apenas unos dos metros de ancho parecía expandirse mientras continuaba mi camino sobre ella. Las piedras comenzaron a elevarse hasta que me vi caminando entre ellas. Ya no estaba sobre el camino, sino dentro de él. Las pequeñas flores parecían árboles y los pequeños pastos un pastizal. Cada piedra

era una montaña y los charcos formaban grandes mares. Ya no podía avanzar más, miré atrás, con la ilusión de salir de allí, pero todo había cambiado a mí alrededor. De repente me vi rodeado por infinidad de criaturas que flotaban en el aire, con formas que jamás había visto antes y sus colores eran tan intensos que irritaban mi vista. ¿Cuánto más me había achicado? Entre las partículas del aire una leve brisa se llevaba todo como lo hace un huracán. Más me adentraba en el empedrado a un nivel inesperado. En la hoja de una planta veía los fotones al ingresar en el interior de la hoja. Yo era más pequeño que aquel fotón. Seguí un camino por la hoja, pasé el tallo y llegué por fin a las raíces. Allí tomé agua pura de la tierra. Para llegar allí tardé un buen tiempo, por más diminuta que parezca la distancia. Finalmente me había convertido en una partícula de una planta. Abrí los ojos, luego de pestañear dos veces y la moneda seguía allí al lado de mi zapato, por error había agarrado un poco de tierra en vez de agarrar la moneda. Guardé la moneda en mi bolsillo derecho y seguí caminando. Llegué a la esquina y miré hacia atrás, un niño estaba buscando la moneda que se le había caído, su madre le decía que ya la buscaría otro día. Me acerqué y le devolví su moneda. Tenía una cara de desconcierto y su madre sonreía. No he vuelto a pisar ese camino, aunque en cualquier camino hubiera pasado lo mismo.

La plaza de las venecitas

En una plaza las venecitas estaban flotando a unos pocos centímetros del suelo y se movían como las olas en el mar, llevando a los transeúntes de un lado a otro, tanto que hasta un perro era llevado de aquí allá sin poder controlar ni siquiera un poco el movimiento, siendo incierto el lugar en donde finalmente terminaría. Para no resbalar y caer, las personas usaban paraguas para equilibrarse y zapatos anchos, así podían abarcar mas venecitas a la vez y tener un mayor control. Esta plaza era única en su tipo y rápidamente se convirtió en la principal atracción de la ciudad, tanto que cada día que pasaba aumentaba el número de personas que la visitaban. Un día fueron tantas las personas que había sobre la plaza que vista desde arriba asemejaba a un mar de paraguas danzantes. Al día siguiente llevaron un camión lleno de pelotas de playa y las volcaron sobre la plaza y como estas pelotas son tan livianas empezaron a rebotar por todos lados. Rebotaron tan alto que las pelotas se dispersaron por las calles que rodeaban la plaza. Todo era diversión allí. Pero llegó el día en que fueron más allá de la diversión para presentar un nuevo modelo de automóvil. Lo subieron a la plaza y cuando estaban filmándolo en vivo el auto estaba flotando sobre las venecitas y danzando al compás, mientras que el locutor que estaba dentro del automóvil decía las ventajas de este vehículo sobre los demás. Cuando arrancó el automóvil y comenzó a conducirlo el escape comenzó a largar humo y las venecitas empezaron a caer una por una al suelo, hasta que no quedó ninguna venecita volando. “Apaguen las cámaras” dijo el locutor, enojado ya que todo el mundo había visto lo que su automóvil le había hecho a la plaza. Nadie se animó a caminar por allí nunca más. Poco a poco se fueron olvidando de la plaza, las venecitas estaban desparramadas por todo el lugar. Al final decidieron echar concreto encima de las venecitas para ahorrarse el trabajo de pegarlas de nuevo una por una. Un suelo sólido, donde poco a poco se volvió a caminar, esta vez sin paraguas ni zapatos grandes, se caminaba como en cualquier lugar común. Poco a poco la ciudad quedó en el olvido. ¿Y por qué estamos recordando hoy la vieja plaza de las venecitas voladoras? Hoy hace unas horas un niño que caminaba por la plaza vio una venecita que sobresalía del asfalto, la desprendió y la arrojó al aire. Cuando la venecita llegó al punto más alto, en vez de caer rápidamente lo hizo muy lentamente y cuando llegó al suelo y lo tocó volvió a elevarse y a repetir el movimiento, moviéndose de un lado a otro, como si una ola invisible la llevara. Eso no fue todo, al cabo de unos minutos el suelo comenzó a temblar y empezaron a desprenderse una por una las venecitas debajo del suelo de concreto, el sonido que hacían era el mismo que hacen los caracoles de la playa cuando se juntan muchos en una bolsa. El

piso de concreto se convirtió poco a poco en arena y las venecitas volvieron a danzar como antes. ¿De qué color eran las venecitas? Eran de un color azul brillante. El movimiento volvió a vivir por un simple gesto, inesperado.

Saltando del acantilado

Y ahí estaba yo, en lo más alto del acantilado, en este frío día de invierno.

Los días anteriores habían sido de los más tranquilos, había estado viajando de ciudad en ciudad tan solo para descansar de la rutina. Un día llovió tanto que terminé empapado y tuve que refugiarme en una catedral, nadie pareció notar que yo estaba allí, cada uno estaba ocupado en sus asuntos de tal manera que no me vieron. Aunque no era el único: todos buscan refugio en la tormenta. Ni bien despejó me fui a buscar algo que comer. Parece que la comida es más difícil de encontrar después de la lluvia ¡Hasta la comida se refugia! Ya cerca de la noche encontré un sitio donde dormir. Sería hasta el amanecer. En la noche, una pesadilla irrumpió mi sueño, precipitándome en gran medida. Miles de aves descendían sobre un viñedo dejándolo destruido ¡Que catástrofe! Y ahí estaba yo solo, desesperado, sin nada. Supe que tenía que hacer algo. Al día siguiente debía ir al viñedo lo antes posible. El único problema era que los domingos estaba cerrado y no podía entrar ya que no había nadie en el lugar. De todas formas al amanecer emprendí viaje. Ya acercándome al viñedo vi sobre él cientos de aves listas para descender ¡Debía apresurarme! Recordé un atajo por aquel acantilado que rodeaba el lado oeste del viñedo. Fui lo más rápido que pude. Y ahí estaba yo, en lo más alto del acantilado, en este frío día de invierno, mirando al borde del acantilado, divisé el espantapájaros caído. Había una oportunidad, bajar, llegar hasta el espantapájaros y ponerlo de pie. Era muy arriesgado. Salté sin pensarlo, estaba cayendo a toda velocidad, a punto de caer y golpearme con el suelo. Desplegué mis alas y planeé hasta el espantapájaros. El espantapájaros solo estaba un poco inclinado y una rama lo estaba tapando, con mi pico haciendo fuerza corrí la rama y el espantapájaros volvió a su lugar. Las aves lo notaron y se fueron. Que festín de uvas tuve ese día. Gracias al rey de los sueños por avisarme.

Desde una estrella

Cinco puntas, una mirando hacia el cielo sobre mí, las otras cuatro miran hacia los lados, dos hacia el horizonte y dos hacia el sur. Iluminan mi entorno y orientan mi vista para que desde aquí el universo entero contemplar yo pueda. Amanece todo el tiempo, la luz de mi estrella no tiene fin. Sentada estoy en uno de sus lados, observando con mi telescopio este infinito mar inhabitado. Ya van no sé cuantos días y aún no encuentro a nadie. No sé de otros universos pero aquí sola estoy yo. La estrella nació conmigo, aquí solo había un gran vacío. Fui la primera en existir, y la única... Soles y planetas juegan a dar vueltas alrededor, se juntan en galaxias para dar un giro mayor. Las he visto en infinidad de formas, pero ya no hay sorpresas para mí: sé donde comienzan y cuál será su fin. Me contento en mirar todo con mi viejo telescopio, que incrustados en cada lado tiene manuscritos tallados, tallados en el diamante que de un meteorito, en un día fortuito, he heredado. Esto es un regalo, alguien me vio, con un telescopio más grande desde quien sabe dónde, vio mi soledad y me dio algo que hacer, hasta que llegue el día que lo pueda ver. A mi derecha, al lado de la estrella más pequeña que he alcanzado a ver, hay un pequeño planeta azul. Mi telescopio esta brillando y los manuscritos giran alrededor de él. Mi vista se adentra a este pequeño planeta ¡Hay personas! Miles y miles, pero esto no se detiene y no lo puedo controlar. Me lleva y me lleva hasta un lugar especial. Recuerdos vienen a mí. Reconozco el cerrojo de una puerta y paso por el, allí estoy ahora, dentro de mi cajita musical y dentro hay ¿Otro universo? Sigue y sigue

viajando mas allá, el telescopio me lleva. Y en una estrella de cinco puntas, una pequeña esta sola, mirando a su alrededor hasta donde su vista alcanza. Extiendo mi mano y, con un paño, involuntariamente seco la lente del telescopio. Otra vez estoy aquí. En mi estrella. Con mi telescopio. Se acerca un meteorito, que se dirige a ese planeta, cuando allí llegue será tan pequeño como una partícula de tierra. Telescopio mágico, viaja con él, cambia tu tamaño para llegar al lugar que yo vi a través de ti. El telescopio salió de mis manos y se fue. Aún recuerdo ese día. Mi estrella se aleja de este universo y se hace polvo de estrellas, que va hacia la tierra, como llaman a aquel pequeño planeta. Y el tiempo pasa y sigue pasando. Y llegué a mi cajita musical. Pasé por el cerrojo y caí en la nueva estrella. Todo está apagado. De nuevo soy la primera. Pero mi mamá abre la ventana y entra la luz del sol. Miro a mi lado y en la mesita de luz está mi telescopio y la lamparita con forma de estrella que brilla en la noche. Apago su luz y me levanto. El día está por comenzar.

La Forja

Naciendo está la noche cuando las estrellas se despiertan del sueño. Martillo sobre metal fundido salpica chispas de fuego sobre el viejo yunque y el herrero que no duerme jamás. Lobos aullando, quietud. "¿Dónde están las espadas?" Un recuerdo repentino. Un niño al pasar le preguntó ayer por la mañana, y él le contestó "Aquí están". El metal al entrar a la forja tiene una finalidad que es convertirse en una espada. Según el tipo de metal que sea, un tipo de espada particular. Finalidad del herrero forjarla y verla armada en su mente antes de tenerla entre sus manos. Ante sus ojos existe, aunque el niño solo vea un pedazo de metal y un martillo. El caballero desconoce al herrero y al minero que le llevó el metal. El blande la espada mientras su vida es forjada, al igual que la espada lo fue. El tiene una finalidad que es convertirse, en el camino de la vida, en aquello que le indique su tipo de metal y aquello que su herrero vea, antes de que ni siquiera el haya nacido. Su destino en la vida, en la forja. La espada no puede forjarse a sí misma, porque no sabe cómo, solo el dueño de la forja sabe cómo hacerlo. ¿Cuál es tu destino? No lo sabes... Es mejor preguntar ¿En qué has sido forjado? Y seguramente podrás vislumbrar un poco más allá del tiempo y el espacio, acercarte al herrero del universo y ver las estrellas en la noche antes de que vuelvan a dormir.

La Máquina Humana

Nace el día con destellos que se acercan por un pequeño espacio que dejó de lado la cortina. Los fantasmas que con las sombras la mente imagina, se ocultan, duermen de día. Tierra mojada, humedad, algún pajarito que rompe la soledad. Allí en su mesa de trabajo el artesano vislumbra la culminación de su obra, pero solo la vislumbra, el momento final aún no ha llegado. En su vista lleva incontables horas despierto, no recuerda siquiera si de su silla, aunque sea por un breve momento, se ha despegado. Estruendo sobre la puerta detrás de él, "Correo" escucha a la vez. No se levanta, y es buena señal. "Adiós", replica el hombre, de igual manera contesta el mensajero. Se conocen desde hace tiempo, cada uno sabe las mañas del otro y así lo demuestran, con este pequeño juego. Son tantas las encomiendas que vienen y van, rompen la rutina con este tipo de cosas. Ayer mismo el mensajero dejó la encomienda bajo las escaleras de la puerta, y aún siguen allí. A ninguno de los dos parece importarles. Hoy le dejó una pista, así podría encontrarla, un camino con ramitas del árbol de la entrada, que este otoño no deja de regalar ramas. El artesano sale afuera de la casa, ve la caja, las ramas y al mensajero, aún cerca, andando con su bicicleta. El mensajero mira atrás y saluda, señala con su dedo índice donde está la caja escondida y se pierde entre los árboles de esta calle perdida, perdida en este pequeño bosque natural, a un paso de

la ciudad. Calle de tierra, hojas secas, charcos y troncos cortados hacen que mi mente no olvide este lugar. Son las seis de la mañana. Allí mismo en la puerta abre la caja dorada que estaba debajo de la escalera. No había nada importante, unos papeles, una carta y un periódico local, nada más. Pero en la otra caja había lentes nuevos. No dudó ni un segundo, guardó sus viejos lentes y se puso los nuevos. Si con palabras describirlo yo pudiera... Claridad infinita. Del suelo tomó una hoja marchita y a ver en su superficie las nervaduras como de pequeño hacía. Su alma de artesano sonreía. Ahora sería más fácil ver las sombras en la pared, que cobran vida a través de él, en trazos de toda índole. Uno de los relojes más finos llevo puesto en mi mano izquierda. Lleva tallados los recuerdos del artesano. Aunque nunca lo conocí en persona, si conocí al mensajero, que me trajo este preciado objeto. La máquina humana. Al menos a mí me gusta decirle así. Pocos saben cómo fue construida esta máquina. En realidad solo su creador, que un día frente a sus ojos vio su sueño realizado. Sus ojos brillaban porque su alma resplandecía, en su mente el estiraba sus brazos hacia el cielo y las nubes al pasar se deshacían entre sus dedos, el suelo eran tan blando que temió caer. Pero ese solo fue el final. El que había previsto esa mañana de otoño. Con nuevos ojos emprendió la última etapa de fabricación. La maquinaria interna era como la de cualquier reloj, no tenía diferencia alguna con un reloj de fábrica. De hecho, la maquinaria había llegado ya hace unos meses de una tienda del otro lado del mar. ¿Cómo creó esta obra de arte e ingeniería? La estructura y malla de plata cuentan esta leyenda, la esencia de su creador. Suenan los grillos en la noche eterna, los fantasmas vuelven a aparecer uno a uno, en las paredes, en el reloj. No podría yo saber cómo fue que lo construyó. Dejaré a los sueños que cuenten lo ocurrido, ya que solo cuentan la verdad, aunque a su manera... Las letras se hacen garabatos que se derriten sobre el papel y mientras me vuelvo mágico, cada parpadeo se hace más profundo, mi mente se cierra y se abre mi alma, las palabras escritas se hacen piedra. En el bosque la noche y las nubes cubren el cielo, y la lluvia cae sin cesar. A salvo estoy bajo una tenue luz amarilla de una vieja lamparita que tambalea por la suave briza que entra por una pequeña hendidura en lo alto de la vieja ventana. De madera son las herramientas que me rodean, como mi silla, la mesa, los cajones, lápices, hasta el mango de mi martillo y parte del cincel. Las luciérnagas se metieron a mi casa y titilan como estrellas a mí alrededor. Parece no haber suelo, todo lo demás es oscuridad y así me siento en otro lugar del universo, con un pequeño sol de lamparita y estrellas de luciérnagas. No puedo escuchar los golpes del martillo y el cincel por esta lluvia eterna. Ya no hay más tiempo. Es hoy el día que saldrás de aquí. De pronto se dibuja un bosque sobre la plata y los árboles se mueven. De azul se viste el cielo y la tierra se expande alrededor. Apunta una de las agujas un número en el reloj, pero no alcanzo a verlo... Una casa se levanta en el bosque y dentro despierta un mago, que con sus poderes crea un par de lentes. Un hombre bajo la lluvia en medio de la noche se acerca y el mago los lentes le entrega. Hay vida en esta máquina humana. Pero, vuelvo aquí, un hombre toca a mi puerta y yo estoy solo en la noche. ¿Quién es? Un relámpago iluminó toda la habitación momentos antes de que la luz eléctrica desapareciera. En mis ojos ya no había lentes. Del cajón que había sobre la mesa saqué una vela y un fósforo de madera que se enciende y parpadea. Ya no hay reloj, ya no hay mesa, ni mis instrumentos de madera. La casa desaparece. Entro a la ciudad, ruidos de camiones, autos, gente hablando. Una hoja de papel en blanco bajo mi rostro, que en este instante tienes entre tus manos y lees con detenimiento, o al menos esto imagino que estás haciendo. Artesano que no se tu nombre, espero te guste este regalo. A más tardar mañana estará publicado en el diario, que envió junto con esta carta dentro de una caja envuelta en papel dorado. Y no sé qué hacer con el reloj, quizás una réplica para exhibirlo. Y en el museo guardar tu legado, para que no quede en manos de extraños.

Papeles dorados

Las últimas luces del día vuelan y se alejan, atrás de los árboles se esconden, otras navegan hacia las estrellas, para encenderlas cuando mis ojos el cielo nocturno vean. El viento arrastra mil papeles dorados a mi puerta, entran a mi hogar, suben las escaleras, salen por la ventana y mi mamá me llama, para que baje de la casita del árbol y vuelva a casa. Bajo las escaleras, que imagino, aquí estarían, no hace falta que estén de verdad. Doy un último salto entre el montón de hojas marchitas y voy corriendo a la puerta. Después de cenar ya mis ojos se entrecierran. Antes de dormir mi mamá me trajo un regalo, un lápiz y un cuaderno para mí y me dijo “Las sombras nacen cuando nacen las luces, el mismo día, la imaginación les da vida allí afuera en el día y la noche, también en el papel blanco y el grafito, sombreando figuras que vienen desde tu interior. Además de vivir tu imaginación, podrás compartirla con los demás y también guardarla en el papel y volver a vivirla cuando quieras.” Aunque aquel momento no está en ningún cuaderno, aún lo vivo.

A la mañana siguiente, entre lagañas y bostezos, con el desayuno y el frío, en la última hoja de mi cuaderno, cientos de garabatos yo hacía, representando las ideas que, a mi corta edad, de a poco salían. Estaba haciendo un dragón y una pluma y me fui de aquí cuando mi lápiz se convirtió en pluma y mi cama en un dragón. Cuando la briza corría por la ventana, yo en el cielo volaba, en alturas inexplicables, entre nubes y montañas. Mientras escribía con mi pluma en un pergamino, en un idioma raro, que yo había inventado. Y el dragón tenía sueño y se cayó al mar. Cuando me estaba bañando, tuve que dejar el pergamino y la pluma por unos momentos. Pero la imaginación nunca me abandonó. Noche estrellada, yo estaba buceando debajo del mar y de pronto todo se oscureció aún más, tanto que no se veían las estrellas. Eran ballenas que nadaban sobre mí y no me dejaban ver nada. Y la espuma del mar sentía sobre mí. Cuando se fue el jabón de mi cabeza abrí mis ojos y las ballenas se fueron. El tiempo de ir a la escuela vino aquí, no puedo cambiar los relojes, al menos aquí. Porque cuando estoy en la torre de los tiempos puedo, a mi voluntad, cambiar el tiempo. El día, la noche, los años y épocas que yo quiera. Y aparezco en lugares y tiempos futuros, y me veo a mí mismo, y él me ve a mí, mi otro yo del futuro. Pero me voy rápido a mi tiempo, porque allí no hay nada que hacer. En la escuela un segundo me distraigo y puedo cambiar todo mí alrededor. Puedo no estar allí. Y cuando termina la hora de la escuela vuelvo a estar entre las hojas marchitas, en mi casa del árbol, con sus escaleras imaginarias. Mil papeles dorados vuelven a mí, por la ventana, por la misma ventana por la cual se habían ido y están llenos de historias. Y el viento los lleva a mi casa y los guarda en mis libros y cuando me voy a dormir mil papeles dorados salen de mi mente viajan por el universo, buscando alguien más que haga lo mismo, para que la imaginación no se pierda jamás.

Viento entre las cuerdas

“Viento entre las cuerdas, que resuenan en el aire, vibran también sus colores, destellos nobles de belleza.”

La melodía se oyó en la playa, el viento marino la llevó a la ciudad, donde todos apagaron cualquier artefacto que produjera ruido, solo para oírla. Desde los barcos incluso la oyeron y se acercaron a la costa, a tal extremo, que no sabían cómo sus barcos luego podrían sacar de allí. La tarde, noche se hacía, el faro apuntó su luz a la playa, para encontrar el lugar en donde nació esta melodía. Se acercaron con zapatos y trajes a caminar entre la arena, con tacos, descalzos, de cualquier manera, la melodía era tan bella que todos la querían oír de cerca. “¡Allí!”, gritó un niño. Y todos miraron arriba. El viento movía las cuerdas que resonando estaban en el aire, doradas y brillantes. De a poco al llegar la noche, la playa

completa fue iluminada por las cuerdas. Tenían un origen y poco a poco lograron encontrarlo. En una roca que antes no estaba allí, una joven cuyo cabello era de cuerdas, estaba sentada observando el fenómeno que su largo cabello melodioso había ocasionado. Muchas preguntas las personas se hacían. “¿Quién es? ¿Cómo llegó allí? ¿De dónde vino?”. El más anciano dijo: “Esa melodía... Solía oírla, pero ya no más. En la antigua celebración, que en este mismo lugar, cuando era pueblo, solían tocar para celebrar la vida, la playa y el mar.” Pero no podían entenderlo. Y la joven les habló “Yo siempre estuve aquí, solo me habían olvidado, la dulce melodía de la vida resuena con sus cuerdas doradas, que al olvidarse de su rutina, poco a poco, reencontraron.”

Índice

LA CIUDAD DE LOS CUENTOS.....	1
Avenida Nocturna.....	1
En el camino empedrado encontré una moneda.....	2
La plaza de las venecitas.....	3
Saltando del acantilado.....	4
Desde una estrella.....	4
La Forja.....	5
La Máquina Humana.....	5
Papeles dorados.....	7
Viento entre las cuerdas.....	7